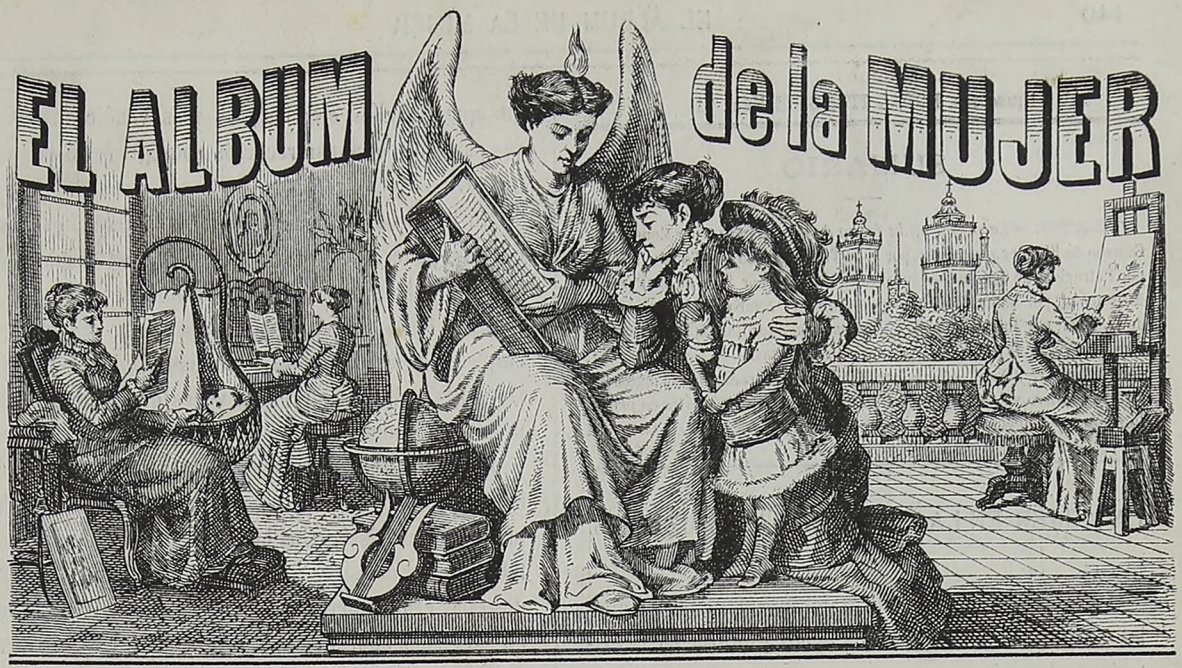


Año 2º MÉXICO, 9 de Marzo de 1884 Núm. 10

Directora propietaria, Concepcion Gimeno de Flaquer.

LIT. E. MOREAU Y Hos MEXICO

BLANCA DE NAVARRA

DIRECCION, HOTEL ITURBIDE Núm. 74.

SUMARIO

TEXTO:—*La mujer en la época de las cruzadas*, por Concepcion Gimeno de Flaquer.—*Pobres*, por Juan Tomás Salvany.—*La Madrileña*, por Patrocinio de Biedma.—*Á mi hija Concha*, por Juan de D Peza.—*Mi pueblo*, por Manuel José Othón.—*Hamlet*. A mi querido amigo Juan de D. Peza, por Julio Espinosa.—*Dos auroras*, por Ramon Rodriguez Rivera.—*Tristezas del amor*, por Joaquin D. Casasús.—*Á una cascada*, por Eduardo E. Zárate.—*Su héroe ideal*. Novela traducida del inglés por Emilia Quintero y Calé.—*Pensamientos de hombres eminentes en pro de la mujer*.—*Nuestras ilustraciones*, por Vestina.—Teatros.—Anuncios.

LA MUJER EN LA ÉPOCA DE LAS CRUZADAS.

La época de las Cruzadas, tan importante en los anales religiosos, es tambien una época gloriosa en la historia de la mujer.

Conocidísimas son de todo el mundo las causas que promovieron las Cruzadas, y creemos inútil detenernos en describirlas.

La religion era en la Edad Média el sentimiento predominante: la Edad Média se distinguirá siempre por la fe, como el siglo XIX se distingue por la incredulidad.

La época de las Cruzadas fué muy favorable á la mujer: siempre la religion ha prestado su apoyo, ha enaltecido, ha dignificado á nuestro sexo.

En los albores del Cristianismo, ya fué la mujer redimida, levantada de la abyeccion en que yacia, y desde entónces la Iglesia viene protegiéndola.

En la época de las Cruzadas, como los combatientes tuvieron que abandonar los cargos que ejercian, para marchar á Tierra Santa, fué preciso fiar á las mujeres la administracion de los intereses y hasta la regencia de los reinos; con ese motivo empezaron á adquirir iniciativa, empezaron á tener voluntad, pudieron mostrarse en el apogeo de todas sus facultades, las cuales habian permanecido dormidas hasta entónces, por no tener en qué emplearlas. Los hombres pudieron comprender que las mujeres obran con gran cordura, cuando se les hace un llamamiento á su criterio, cuando se las coloca al frente de situaciones difíciles, y se les pide responsabilidad en sus actos.

Cuanto más respetada sea la mujer, más se esforzará en merecer ese respeto: la mujer responde satisfactoriamente á la confianza que se deposita en ella.

En la época de las Cruzadas empezaron las mujeres á tener derechos que no habian tenido, y desde entónces demostraron al mundo sus brillantes aptitudes intelectuales y la fuerza de su carácter.

Las mujeres contribuyeron en distintas formas al triunfo de las Cruzadas: unas se armaron para ir á combatir con sus maridos; otras quedaron desempeñando los cargos que aquellos ejercian; las más vendieron sus joyas para proporcionar recursos consagrados á la *santa causa*.

En la época de las Cruzadas, las mujeres llevaban el peso del poder: ellas presidian juicios, sentenciaban pleitos, declaraban reos é investian abadesas.

En la época de las Cruzadas, la mujer desempeñaba empleos en los conventos, administraba justicia, dirigia las almas y hasta emprendia viajes que hubieran comprometido á una lega

En época de las Cruzadas, Roberto de Abrisel fundó la Abadía de Fontevranet, donde las mujeres tenian gran preponderancia sobre los hombres. Las abadesas decretaban penas eclesiásticas y civiles, y en todos los grados ellas eran superiores á los monjes. Hubo conventos en los cuales disfrutaban altísimo poderío, hasta ser mitradas, teniendo casi todas las atribuciones del obispo. En los lugares de su jurisdiccion, podian proveer prelacías, curatos, encomiendas, capellanías, nombrar alcaldes, escribanos y alguaciles.

Muchos, muchísimos fueron los privilegios concedidos á las mujeres en la época á que me refiero: entre ellos recuperaron la facultad de heredar.

La época de las Cruzadas es la época de las justas y los torneos; la época de la caballería, de las cortes de amor y de los trovadores; la época en que más importancia tuvo la mujer en el pasado.

¡Honor al bello sexo! era el grito de los poetas en aquellos dias.

¡Todo por mi Dios, por mi patria y por mi dama! exclamaban los guerreros.

La caballería ha sido ensalzada por unos y vilipendiada por otros; pero no debe condenarse una institucion que tenia por objeto exaltar el honor, la poesía, el valor, la religion y el amor. Nunca la debe impugnar el bello sexo, porque la caballería estableció el ferviente culto hácia la mujer.

La mujer fué proclamada entónces musa de todas las grandes acciones, juez de la cortesía y dispensadora de las más altas recompensas.

Por todas partes se oia repetir: «Infeliz del que venda á su Dios, á su patria ó á su dama.» Hoy, en cambio, se niega á Dios, se traiciona á la patria y se hace burla de la mujer.

La caballería era una institucion moral, guerrera y religiosa, que tal vez se extravió en la persecucion de su ideal, cuando los caballeros quisieron exagerar sus fines.

En un principio, la caballería se limitó á tributar culto á la mujer, y de ese culto nacieron todos los sentimientos delicados, como es de suponer, pues siendo ingénitos éstos en el alma de la mujer, cuando la mujer

es respetada, los trasmite al hombre. El vil interes se pospuso, brilló la abnegacion y se amó la gloria con entusiasmo. La palabra *cortesía* data de esa institucion; ántes no se habia conocido.

Con el culto á la mujer se refinó la elegancia en la frase y en las maneras: de ahí nacieron el pundonor y la delicadeza: los hombres preferian morir ántes que faltar á una promesa.

El amor, que para aquellos hombres era una religion, no es para los de nuestros dias más que una vibracion de los sentidos.

Los caballeros de la época de las Cruzadas espiritualizaron la materia; los de la éra presente tratan de materializar el espíritu.

En la época de las Cruzadas la mujer es el ideal que palpita en los torneos, en las batallas, en la poesía, en la religion, en las cortes de amor. Ella dispensaba gracias y recompensas, ella adjudicaba la gloria. La mujer era considerada como la inspiradora de todo bien, de todo acto heróico, de toda accion sublime.

La época de la caballería, es el refinamiento de la galantería hácia la mujer. En un torneo celebrado en Cariñan, el caballero Bayardo rehusó el premio, diciendo que era deudor de la victoria al manguito que habia recibido de su dama.

Gaston de Foix peleaba sin coraza porque una mujer le habia dicho que estaba enamorada del valor.

Muchos que jamas habian sido valientes se trasformaron en Leónidas y Alejandros al recibir de sus adoradas la bandera que debian defender.

Hubo oficial que en las angustias de la muerte sólo pidió como único favor le permitiesen escribir con su sangre el nombre de la señora de sus pensamientos, para morir contento despues.

A los consistorios de las cortes de amor eran sometidas las cuestiones sobre moral, sobre injurias amorosas y sobre descortesías caballerescas.

Si un caballero faltaba á sus deberes, era degradado como desleal. Despues de colocarle en un tablado ó en un carro, le rompian la armadura, le quitaban las espuelas y le borraban el blason. Su escudo se arrastraba atado á la cola de un caballo; en seguida los heraldos le proclamaban villano, traidor, descreido, miéntras que los sacerdotes fulminaban contra él mil anatemas. Renato de Sicilia excluyó de los torneos á todo caballero convicto de mentira ó usura.

Hasta la gaya ciencia se ocupó en enseñar la galantería más delicada y el arte del amor, como la vida entera del caballero, como conjunto de todas las virtudes sociales.

Aunque las cortes de amor acabaron con extravagancias, siempre debe recordarse que fueron en todos los afectos, una protesta del espíritu contra la materia, una brillante apoteósis del verdadero amor.

Las mejores ideas se desnaturalizan cuando los exaltados é indiscretos las apartan de su orígen, exagerándolas.

La caballería degeneró como degenera todo aquello de que se abusa, por bueno que sea; pero reportó gran utilidad, ya que en épocas de anarquía suplió la falta de leyes represivas, y administró la justicia, evitando el crímen por medio del valor personal.

Una delirante pasion por la caballería, las metamórfosis que cada uno le hizo sufrir segun sus extravagantes caprichos, y la *caballería andante*, falsificacion de la verdadera caballería, fueron los motivos de que ésta cayera en ridículo.

Cárlos el Temerario se deleitaba en la lectura de los libros de caballería, como el famoso Don Quijote.

Luis Onceno le dió un golpe de muerte.

Algunas instituciones, como la del Toison de Oro y otras, reflejan todavía un pálido rayo del antiguo esplendor de la caballería. Al desaparecer ésta se extinguió el culto á la mujer.

Simpática es para nuestro sexo la época de las Cruzadas; ella nos recuerda tambien á los trovadores, que fueron los paladines de la mujer.

Los trovadores unian el recuerdo de su dama al de Dios de tal modo, que Dios y la mujer fueron en el pensamiento de éstos el mismo sér: no podian ensalzar á Él, sin glorificar á ella.

Algunos trovadores han sido inmortalizados. Sordello, por Dante y Arnoldo Daniel, por Petrarca. Todos los grandes hombres de la época á que nos referimos, pusieron sus laureles en manos de la mujer.

Las Cruzadas favorecieron muchísimo á nuestro sexo.

Congratulémonos de que haya sido una mujer, Matilde de Toscana, hija de Beatriz de Este, la que dió un poderoso impulso á las Cruzadas.

CONCEPCION GIMENO DE FLAQUER.

POBRES.

Era de noche y no llovia.

Acababan de dar las ocho en los relojes ajenos, porque lo que es el mio no daba hora ninguna.

A pesar de no tener hora, tenia la suerte de haber comido.

Además, disponia de dos pesetas, cantidad que muchas veces constituye en España una fortuna, y de cuatro horas de tiempo hasta media noche.

Viviendo al dia, como en Madrid es de rigor, podia, pues, gastar á razon de dos reales por hora.

¿Cómo emplear el tiempo y el dinero?

Poeta por temperamento, y tambien por necesidad, me forjé la ilusion de haber tomado café.

Entré en un estanco; compré dos cigarros de medio real, que no valian medio ochavo, y me devolvieron quince perros chicos que guardé cuidadosamente en el bolsillo izquierdo de mi chaleco, al lado del corazon.

El humo del cigarro, al perfumar mi frente, perfumó una idea: emplear la última peseta, que entera conservaba, en oir la *Favorita* cantada por Gayarre. Este es un tenor que tiene su caja, su bolsa, su despacho y su banquero en la garganta; da algunas notas y le dan á él algunos centenares de duros; terminada la funcion, las notas han desaparecido; pero los duros están allí, en las arcas, y á las órdenes del tenor.

Resolví, pues, gastar en música mi última peseta; aplaudir al taumaturgo que sabe palpar lo impalpable; hacer que el aire no sea aire sino oro, sacaros las monedas del bolsillo por los oídos, metalizar el sonido, en fin.

Para subir al Paraíso no necesitaba vestirme; iba bien conforme estaba.

En cambio, la noche era *cruda* como el *sagrado deber* de que nos habla el personaje de *Flor de un dia;* el aire, cargado de pulmonías, soplaba con suavidad, infundiendo traidora confianza cual una sonrisa cortesana; os esperaba como un asesino, detrás de cada esquina, para asestaros el golpe mortal.

Me encasqueté el sombrero hasta las orejas; me abroché el gaban hasta la barba; alcé el cuello de aquel hasta el ala del sombrero; metí la mano izquierda en el bolsillo respectivo del gaban; hice un Vesubio de mi cigarro; empuñé con fuerza el baston, y apreté el paso.

Aquello parecia un duelo á muerte con el frio.

De repente tropecé en la acera; ví sobre ella unas piernas extendidas, un monton de harapos arrimados á la fachada de un palacio, á través de los cuales llegaron á mi oído estas palabras:

—¡Una limosna por amor de Dios!

¿Qué hacer? Dí al pobre un perro grande, y de nuevo apreté el paso en direccion al teatro de Oriente, con sultanas y todo.

Al poco trecho se me acercó temblando un viejecito, y profirió:

—¡Un ochavito, que no lo puedo ganar!

El mendigo casi me interceptaba el paso. Volaba el tiempo; yo queria oir desde el principio la *Favorita.* Dí al viejo un perro chico, y continué mi marcha.

Al doblar una esquina, tropecé casi con una mujer pálida y demacrada; llevaba en brazos un niño cubierto de andrajos, el cual agotaba sus escasas fuerzas chupando un pecho enjuto y arrugado. Al pronto retrocedí con susto, creyendo á semejante mujer la encarnacion de la pulmonía; pero el niño dejó de mamar para sonreirme dulcemente; la madre me dirigió una mirada de muda desesperacion, y yo, sin darme cuenta de lo que hacia, deposité tres perros en la flaca mano de la mendiga, que me colmó de bendiciones.

Al mismo tiempo, otra voz clamó á mi espalda:

—¡Caballero, que Dios se lo pagará!

Volví la cabeza, ví otro pobre, y solté otro perro.

Entónces, entre malhumorado y compasivo, apreté el paso de veras, resuelto á no detenerme por ningun mendigo, en la dura imposibilidad de auxiliarlos á todos.

Al desembocar en una plazuela adornada de jardinillos, el viento de la noche trajo á mi oído una armonía vaga, poética, sonora. Sobre un poyo de la plaza se hallaba sentado un haraposo doncel de diez y seis á diez y ocho años; sostenia con las rodillas un arpa vieja, de la que arrancaba distraidamente lastimeras notas.

Ya he dicho que á falta de otros mejores yo tenia mis humos de poeta. El arpa era casi mi hermana; acordéme de la de Becquer, y escuché.

El aire me amenazaba con sus cien pulmonías; Gayarre me esperaba con su garganta portentosa; pero yo lo habia olvidado todo ante las desordenadas notas del arpa vieja, que caian como gotas de agua sobre la cristalina linfa de un estanque, ó brotaban de la vibrante cuerda como bandas sueltas de viajeras golondrinas.

Al terminar su música y mi éxtasis, acerquéme al mancebo y preguntéle:

—*¿Sei italiano?*

—*Italianissimo, signore.*

—*¿Di che paese?*

—*Napoletano.*

—*¡Bella città quella di Napoli!*

—*¿Ci siete stato?*

—*Si, ma pochi giorni. Ebbene ragazzo; ¿suoni cualche cosa di bello? Sentiam' un po'. Ho fretta, sbrigati, ¿sai?*

Satisfecho de oir en tierra extraña este italiano macarrónico, el doncel napolitano se apresuró á complacerme, tocando, lo mejor que supo, un aire del país.

Habíanse trocado los papeles: yo era el mendigo, un mendigo de notas, y el mancebo era el señor que con su viejo instrumento me subyugaba. Montada en el arpa, mi imaginacion cabalgaba á toda brida por un mundo de recuerdos. Veia las maravillas del golfo de Nápoles, sorprendente decoracion con que el cielo se propuso engalanar la tierra. Contemplaba el grandioso panorama desde las alturas de San Martino; descendia rodando en ligero carruje por el balcon del Pausilipo hasta la riente Chiaia; cruzaba en raudo esquife las trasparentes ondas del tranquilo golfo; admiraba los naturales capri-

chos de la Gruta Azul; veia, sobre una eminencia cubierta de verdura, la tumba de Virgilio, sombreada de sauces y de parras que traian vagamente á mi memoria los admirables versos de las *Geórgicas;* al otro lado, Sorrento parecia repetir las octavas inmortales del desgraciado Tasso, cual si ambos poetas enlazaran sus armonías separadas por el golfo de la historia; y más arriba el doble cono del Vesubio, como una ola petrificada, resplandeciendo con todos los matices del iris, semejando una cascada de piedras preciosas á la luz del sol poniente, extendia hasta más allá del horizonte su cárdena cinta de menuda lava, que al destacarse vigorosamente sobre un cielo azul bruñido y claro, aparentaba el flotante látigo de la cólera divina, pronto á chasquear sobre la espalda abrasada del planeta.

La música era cada vez más triste. Pasé de las memorias materiales á las memorias del espíritu; recordé mis esperanzas de ayer y mis desengaños de hoy; ví pasar entre albas nubes el fantasma de la mujer amada, y víla pura, sonriente, espléndida, con un dedo sobre los labios en señal de discrecion, y con la diestra extendida hácia el espacio, cual si quisiera guiarme á la eternidad. Pasaron en un momento por mi revuelta imaginacion treinta años de amarguras, de juegos infantiles, de nobles ambiciones, de anhelos perdidos, de glorias soñadas, de venturas muertas al nacer, de trabajos inútiles, de ilusiones jamas realizadas; y suspiré profundamente, y mezclé con las notas del arpa mis ardientes lágrimas.

La música habia cesado, dejando sus ecos en mi alma. El napolitano me miró con ojos suplicantes; abandonó su asiento; cargó en hombros con su arpa, y se dispuso á partir en busca de mejor fortuna.

—*Ecco un grosso, ¡tutto quanto!* exclamé soltando en la mano del mancebo cinco perros chicos.

Y proseguí mi camino, ansioso más que nunca de oir la *Favorita.*

Pero no anduve por espacio de dos minutos sin que se me acercara un hombre envuelto en un flamante gaban ruso. ¿Otro pobre? No; mi amigo Arturo, el condesito de la Zizaña.

—Adios, chico; ¿cómo estás?

—Bien; ¿y tú?

—Perfectamente, gracias á mi usurero. Digan lo que quieran las personas timoratas, los usureros son nuestra providencia; por ellos voy á pasar una velada deliciosa al lado de la marquesa viuda, y salgo mañana para Berlin donde la espero.

—¿Partes?

—Sí, chico; así lo exigen las circunstancias. Ea, adios; voy por un coche, que no es cosa de atravesar Madrid, andando, con este frio.

—Que te diviertas.

—Gracias.

Y se alejó inspirándome esta reflexion:

—¡Es un pobre de frac y guante blanco, que pide limosna en carretela!

Al poco rato oí el retintin de una campanilla, acompañado de una especie de gruñido.

Distinguí un bulto en la sombra; acerquéme á él; era un pobre sordo-mudo que mendigaba vendiendo fósforos. Tomé una caja de éstos para reanimar la ya extinguida colilla de mi cigarro; dejé en su lugar dos perros y continué mi viaje, corriendo para no ver tanta miseria.

—Un barreno me privó de la vista en la flor de la juventud. ¡Señoras y caballeros, tengan lástima de este desgraciado, que Dios se lo premiará!

Hay momentos en que me causa cierto remordimiento desoir los clamores del pobre; alargué, pues, al desdichado ciego mi último perro chico.

En esto me hallaba ya inmediato al teatro de la Opera, y dirigíame hácia la rejilla, renegando de un país donde es imposible dar un paso sin tropezar con los mendigos, cuando sentí una mano sobre el hombro y en mi oído estas palabras:

—¡Dichosos ojos, hombre! ¿Qué es de tu vida? No se te ve por ninguna parte.

Era un amigo.... digo mal; mi conocido Gómez, de profesion cesante, casi escritor, y calavera sin ton ni son.

—Vienes como pedrada en ojo de boticario, prosiguió el interpelante, sin hacer caso de mi silencio. ¿Llevas encima una peseta?

—Sí. . . .

—¡Pues dámela!

El picarillo amor propio me picó. Reflexioné que casi era peor no dársela, que pasar por hombre que no tiene una peseta; temí por cuatro reales granjearme un enemigo; dirigí al teatro una mirada compungida; saqué la peseta del bolsillo, y se la entregué al importuno que desapareció sin saludarme.

Pasé junto al despacho de billetes, tarareando una aria de la ópera que ya no podia oir; evoqué de nuevo mis recursos de poeta; supe hacerme la ilusion de ver la media noche en el primer reloj que encontré al paso; me fingí á Gayarre coronado de laureles, y llegué á mi domicilio como quien viene del teatro.

Al entrar en mi cuarto, me asaltó un remordimiento: el de no haber repartido entre los mendigos la peseta que me fué imposible negar al vividor.

Despues, al verme en un espejo de cuerpo entero, intenté maquinalmente dar limosna á mi propia imágen. Con este objeto introduje los dedos en el bolsillo de mi chaleco, y ellos retrocedieron horrorizados ante el vacío.

—¡Tanto desabrocharme!..... Con tal que no me

haya dado una pulmonía.... murmuraba al tiempo de quitarme la levita.

Y me acosté, acordándome de los pobres que habia visto.

Y me dormí, pensando en los establecimientos de beneficencia, en la sabiduría de los gobiernos y el magnánimo corazon de los españoles.

Madrid. JUAN TOMÁS SALVANY.

LA MADRILEÑA.

Como pudiera creerse un atrevimiento de nuestra parte el querer retratar, si bien sea á grandes rasgos, al más típico, al más importante acaso, de los modelos que nos hemos propuesto estudiar, cumple á nuestra buena fe el declarar que tan difícil empresa no la hubiésemos arrostrado jamas por nuestro propio impulso, que á vanidad se tomara, sino accediendo á los deseos, honrosísimos para la que esto escribe, de personas que por mil títulos merecen nuestras simpatías y consideracion.

Dada esta explicacion, que creemos necesaria para dejar á salvo nuestra modestia, pidamos á las madrileñas que perdonen la torpeza del pincel, si la imágen que pretende copiarlas no les gusta, pues la autora, que no ha nacido en Madrid, *no se pinta á sí misma* al retratarlas; pero procurará recoger en su memoria los rasgos más salientes de la mujer que embellece la primera de nuestras capitales, para darla á conocer en todo su color, que no necesita por cierto para hacerse admirar, de elogios interesados, y que por lo mismo nada pierde al ser delineada por mano extraña é imparcial.

Cada region, cada país, cada pueblo, tiene sus mujeres especiales, propias, genuinas, que no pueden ni confundirse ni desconocerse.

El hombre adquiere más fácilmente las costumbres y los modismos del lugar en que se fija, como si todo tuviese en él una vida más efímera; pero la mujer no borra jamas ni de su acento, ni de sus gustos, ni de sus maneras, el recuerdo de su país.

Y si ninguna olvida aquello que forma para ella como una segunda vida, ménos puede olvidarlo la madrileña, que se envanece de su orígen, porque siendo Madrid la primera de las capitales de España, y la primera igualmente en cultura, en progreso, en ilustracion y en elementos de vida, al dejar á Madrid se considera como desterrada, suspira por volver á su seno, y mira, acaso involuntariamente, con una lástima desdeñosa los adelantos y las bellezas de que otros pueblos se ufanan.

Por su parte es tambien mirada en provincias con una especie de prevencion que, preciso es confesarlo, justifica su desvío.

La independencia de que goza la mujer en los grandes centros es no sólo difícil de conservar en los pequeños, sino peligrosa, porque se expone á ser blanco de esa crítica menuda de las personas desocupadas, más temible que la calumnia misma, pues no mata de un golpe como ésta una reputacion, pero la envenena poco á poco entre veladas burlas, frases punzantes y sarcásticas ironías.

Para huir de ese riesgo, la mujer que está acostumbrada á la soltura racional y lógica de las grandes sociedades, tiene que violentar su manera de ser; que ajustar sus acciones al molde en que se forman las admitidas en el pequeño círculo en que va á encontrarse; que adoptar la apariencia hipócrita de las que la rodean, si ha de pasar sin despertar odios y envidias, á ménos que desalentada y sin fuerzas para la lucha, prefiera aislarse en la soledad de su casa.

La madrileña más que ninguna otra se ve obligada é ese cambio, como si fuera un crímen su independencia, su libertad bien entendida, y la cultura de sus costumbres.

Cuando por su posicion, su carácter ó su ignorancia de los riesgos á que se expone, no altera su género de vida, y ostenta indiferente á las murmuraciones la originalidad de su adorno, la distincion de su trato, lo escogido de sus gustos, y sobre todo, su rectitud de juicio y su apreciacion despreocupada en algunas nebulosas cuestiones, las señoras acostumbradas al recogimiento de su casa, al fanatismo de sus creencias y á su absoluta falta de iniciativa, se le declaran desde luego enemigas irreconciliables: es inútil, pues, buscar el tipo de la mujer de Madrid, en la que ha dejado, si bien sea accidentalmente, la corte, pues fuera de ella conserva sus atractivos, pero no los luce, como conserva un ave las alas, encerrada en la jaula, sin poder hacer uso de ellas privada de libertad.

A la madrileña sólo se la conoce en Madrid, donde vive en su atmósfera sin miedo á la asfixia.

No hace mucho tiempo que la casualidad llevó á una pequeña poblacion de Andalucía á una de las más bellas, de las más celebradas, de las más notables hijas de Madrid, cuyo nombre era ornamento y gala de todas las gacetillas en que se daban noticias de fiestas aristocráticas, y cuya elegancia indiscutible la daba derecho á crear sus adornos, sin sujetarse al capricho del dibujante de un figurin.

Se habia casado esta hermosa jóven con un hombre que le doblaba la edad, y que poseia una regular fortuna, y enamorado locamente de su esposa, no escaseaba medio de complacerla; excepto el fijar su residencia en Madrid, en donde pasaban, sin embargo, largas temporadas, todo se lo permitia.

La jóven tomó su partido en vista de esta negativa, y quiso hacer su existencia lo ménos triste posible, rodeándose, á falta de otra mejor, de la sociedad que en la pequeña ciudad de Andalucía se apresuró á visitarla.

Su casa, decorada con elegante sencillez, fué inspeccionada, comentada, analizada con abrumadora curiosidad: se averiguó el precio de todo, se calculó lo que era completamente inútil y por lo tanto de un lujo escandaloso; lo que en un principio habia parecido bello, se vino en declarar que nada valia, que era una apariencia vanidosa, un relumbron insoportable: se hizo constar que acaso habria creido la bella madrileña deslumbrarlas con sus muebles de *mírame y no me toques*, con sus juguetes y sus flores, pero que aquello era un *baratillo*, y que cualquiera casa de la poblacion, cualquiera, estaba mejor puesta, más sólidamente adornada, que aquel palacio de muñecas.

La efervescencia se calmó y la casa de la madrileña se vió al fin con perfecta indiferencia, si bien con interes, pues siempre habia algo nuevo que admirar en ella, ya fuese una flor, ya un bronce, ya un grabado.

La atencion se fijó entónces en aquella linda criatura, fresca como una rosa, y sin otra ambicion que la de divertirse, sin otro cuidado que su belleza, y con esa alegría, con esa confianza, con esa tranquilidad del sér feliz que al sentirse amado sonrie á la vida, sin sospechar siquiera que existan desgraciados, y sin comprender que sea posible el dolor.

El coche de esta *gomosa* desterrada, rodaba frecuentemente

sobre las mal empedradas calles de la andaluza ciudad, ni más ni ménos que hubiera podido hacerlo en Madrid, llevando en su interior á su preciosa dueña, elegantemente vestida, graciosamente peinada, y algo aburrida de su soledad, á juzgar por la expresion de su rostro.

El coche se detenia alguna vez ante una antigua casa que solia tener en negra piedra grabado un escudo, y la jóven señora descendia para visitar á una familia conocida de las que frecuentaban su casa.

Su sonrisita cáustica se acentuaba al oir los golpes sonoros de las puertas que se cerraban para que no viese al pasar el interior de la casa, ó bien las de la sala que se abrian precipitadamente para recibirla.

Una criada le indicaba el camino, ó la miraba pasar en silencio, y penetraba en una sala fria, no por la atmósfera, sino por el aspecto, cuyos muebles rígidamente colocados en fila parecian dispuestos á cantar un himno á la inmovilidad histórica, que ellos representaban.

Nada allí reia, nada ocupaba la vista agradablemente ni despertaba el sentimiento; ni una cortina caida trasparentando un rayo de sol, ni una flor recogiéndolo, ni arte ni gusto animando aquella morada helada y vulgar, en medio de su amazacotada riqueza.

Cuando la madrileña, acostumbrada á su risueño y perfumado nido, comenzaba á sentir frio en el caseron señorial, aparecia la dueña de la casa, azorada y confusa, como quien se ha vestido apresuradamente, saludaba cortada, y parecia aburrida desde luego de la intempestiva visita.

La madrileña se quejaba dulcemente, por hablar de algo, de que la señora de la casa hubiese faltado á sus reuniones, pero ésta le probaba que le habia sido imposible por haberse despedido la cocinera, ó bien que el niño menor estuvo malo, ó el esposo ausente, y añadia sentenciosamente y por via de indirecta leccion, que las mujeres casadas no podian salir de su casa.

L. . . . (ibamos á decir su nombre) ocultaba con el bonito abanico un involuntario movimiento de su boca, que por bostezo se tomaria, y protestando de su deseo de verla, se despedia, volviendo con afan al coche y respirando con encanto en su soledad, no atreviéndose á repetir las visitas por aquel dia.

Las reuniones de la bella madrileña tenian un aspecto extraño por el abigarrado conjunto de sus invitados.

Las señoras que en las primeras noches, ó cuando más los domingos, asistian, turnaban rigurosamente con los tres trajes de repertorio, sabiendo la graciosa L. . . . qué noche tocaba el verde, cuál el azul, y cuál otra el negro.

En cuanto á los hombres, iban vestidos como lo estaban para salir adonde les ocurria, de suerte que la figura fina, graciosa, elegante de L. . . . destacaba de una manera tan notable en la reunion, que natural y lógicamente ella era el centro de absorcion de todas las miradas, de todas las atenciones, de todos los aplausos.

Con esmerada educacion, con clara inteligencia, con irreprochables formas sociales, y una figura bellísima, L. . . . parecia sublime á los hombres, cansados de prosáica vulgaridad, y la admiraban como una novedad encantadora é incomprensible: en cuanto á las mujeres, ya era otra cosa.

Las mamás se ofendian de que L. . . . acaparase los homenajes de todos los hombres, de que fuese viva, alegre, graciosa, y cada atencion de la jóven, cada sonrisa, cada rasgo de ingenio, era comentado, desmenuzado, criticado sin piedad.

Acostumbradas en sus reuniones á que la dueña de la casa, sentada en fila como las demas, no se levantara de su asiento; á que sólo bailaran las *muchachas;* á que sólo las *solteras* brillasen, no podian perdonar á aquella casada jóven, elegante y bella, el que supiese hacer los honores de la reunion con distincion exquisita, el que bailase con la alegría de su edad, y sobre todo, el que fuese la más bonita, la más admirada de todas.

Se la criticó sin piedad, primero sus trajes, su lujo, sus joyas, sus extravagancias, su holgazanería, pues se pasaba el dia en paseos y componiéndose; luego se comenzó á morder en sus costumbres privadas: no queria á su marido, no se ocupaba de él: el *pobre hombre* la adoraba, pero ella lo trataba con desden: no habia más que verlo: en las reuniones se ocupaba de todos, ménos de su marido.

Despues, como la murmuracion es insaciable, desordenada, como todos los apetitos, agotado este tema hubo que buscar otro, alimentarla sin que decayese.

L. . . , que sólo amabilidad y benevolencia habia tenido para todos, era una coqueta, una loca, una mujer peligrosa para tratada, pues á su lado se estaba en ridículo.

Su marido era un necio que no creia lo que estaba sucediendo, y no faltaron personas caritativas que intentaran hacérselo saber.

Cádiz. PATROCINIO DE BIEDMA.

(Continuará.)

Á MI HIJA CONCHA.

Hija, ven á besar la augusta mano
Que en el desierto mundanal me guia;
Sé amante y tierna con el noble anciano
Culto y sosten de la existencia mia.

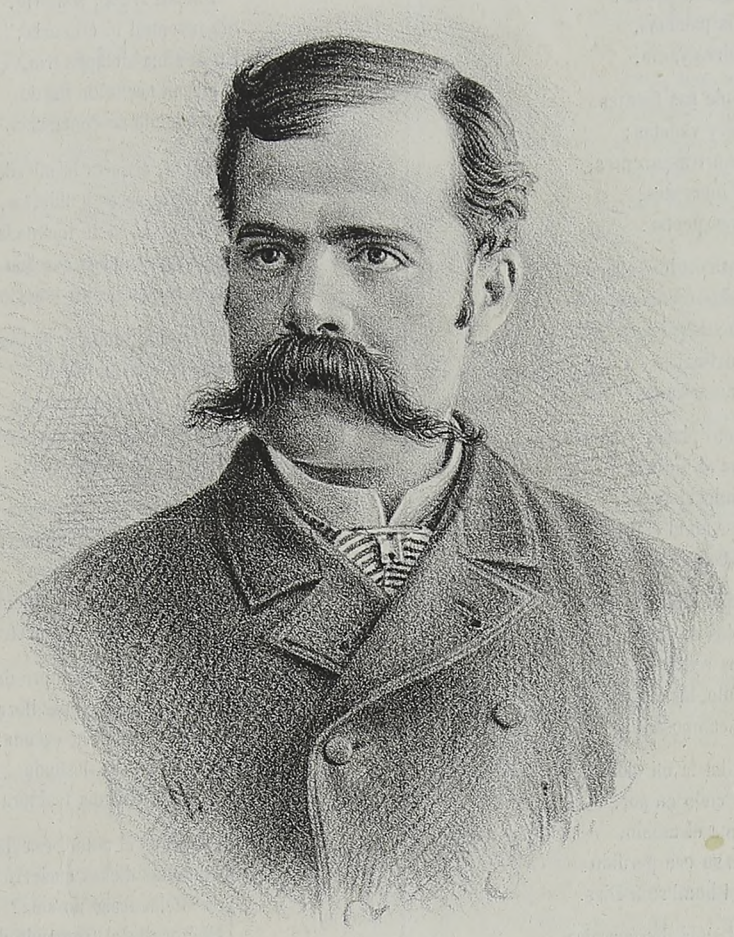
Le debo cuanto soy, él ha sentido
Más que yo mis venturas, mis dolores;
Por él, sólo por él, siempre han tenido
Luz mi cerebro y mi camino flores.

A su frente de canas coronada
Dá tus ósculos llenos de inocencia;
Su frente, como tú, no está manchada;
Limpia como el cristal es su conciencia.

Él, en el fondo del hogar callado,
Con dulce paz, con celestial cariño,
Me enseñó á ser prudente, á ser honrado
Desde mis horas cándidas de niño.

Cuando en las luchas torpes y mundanas
Me mira desmayar sin fe, sin brío,
Me escuda con la sombra de sus canas
Y me dice: «levántate, hijo mio.»

Ámalo; forma el sin igual tesoro
De mi existencia dolorosa y triste,
Es mi humana deidad á quien adoro
Con más amor, desde que tú naciste.



JUAN DE DIOS PEZA

EMINENTE POETA MEXICANO; REDACTOR DE *EL ALBUM DE LA MUJER*

Los afanes constantes y prolijos
Que un padre tierno con su amor encierra,
No los podemos comprender los hijos
Hasta que somos padres en la tierra.

Yo que siempre le amé, siento que ahora
Le adoro más, y para tí reclamo
¡Saberte adorar yo como me adora!
¡Que me sepas amar como le amo!

Alguna vez sabrás sin que te asombre
Cuántos dolores calla, cuántas penas;
Ámalo más que á mí.... suyo es tu nombre,
Como es suya la sangre de mis venas.

Cuando á Dios reces con amor profundo,
¡Ay! por él y por mí pídele al cielo;
¿Qué fueras tú sin padre en este mundo,
Ni qué fuera tu padre sin tu abuelo?

Si eres tú mi esperanza más hermosa;
Si él es mi religion, mi fe, mi abrigo:
¡Que siempre amparen tu niñez dichosa
Sus canas que con lágrimas bendigo!

México, Marzo 3 de 1884. JUAN DE D. PEZA.

MI PUEBLO.

A la Sra. Dª Concepcion Gimeno de Flaquer, inspirada escritora española.

Entre la arboleda umbría
Que la oculta por completo,
Se alza la morada mia,
Recatándose sombría
Del bosque en lo más secreto.

A lo léjos se divisa
Su modesto caserío;
La luz le da su sonrisa,
Sus leves soplos la brisa,
Sus ondas claras el rio.

El rio, que en la enramada
Caprichoso serpentea,
Y en su linfa plateada
Copia la nube escapada
De la negra chimenea.

Aquel dulce rinconcito
Tan bello y tan solitario

Tiene un índice bendito
Que señala al infinito:
La cruz de su campanario.

Sus flores tienen aromas,
Flores su mullido manto;
Sus árboles tienen pomas,
Y gemidos sus palomas,
Y sus ruiseñores canto.

A la orilla de sus fuentes
Nacen juncos y violetas;
Sus tardes son trasparentes,
Sus mujeres inocentes,
Sus moradores poetas.

Hay púrpura en los celajes
De sus límpidas mañanas,
Y tienden en sus paisajes
Vaporosos cortinajes
Las noches americanas.

¡Con cuánto placer y anhelo,
Al acercarme al umbral
De aquel bendecido cielo,
Miro perderse en el cielo
La cruz del *Original*.[1]

Y contemplo allá á lo léjos,
Llenos los ojos de llanto,
A los últimos reflejos
Del crepúsculo, los viejos
Muros de su camposanto.

Allí llega hasta mi oído,
Volando del cielo en pos,
De la campana el tañido,
Que lleva en su eco perdido
El himno del hombre á Dios.

Y halla el alma desgarrada
Blando alivio á sus pesares
En una dulce morada,
Siempre, siempre perfumada
Por jazmines y azahares.

Los árboles la sombrean
Y los pájaros la cantan:
Los naranjos que florean,
Siempre, siempre la hermosean
Y siempre, siempre la encantan.

Y allá en el fondo sombrío,
Donde hay más yerbas y flores
Y donde murmura el rio,
Allí duerme el ángel mio
El sueño de sus amores.

Pálida vírgen dormida
De la virtud en la calma:
Ella es la dueña querida
De los sueños de mi vida,
De los sueños de mi alma.

México. MANUEL JOSÉ OTHÓN.

1 Nombre de un cerro muy elevado, que tiene una cruz en la cumbre.

HAMLET.

A MI QUERIDO AMIGO JUAN DE D. PEZA.

Pálido, triste, sombrío,
Sin juventud ni creencia;
En el alma siempre frio,
Y eterna noche de hastío
Envolviendo su conciencia.

Torva, esquiva la mirada,
Los labios secos y abiertos,
La frente al suelo inclinada,
Como una sombra evocada
En la region de los muertos.

Se agita, lucha, y padece
Aquella horrible vision
Que su sentido enardece:
Cuanto más piensa más crece
El miedo en su corazon.

Ser ó no ser; el dilema
Le acobarda de igual suerte,
Y con ansiedad extrema
Mira la esfinge, el problema,
En el umbral de la muerte.

Duda, porque siempre duda
Todo el que sus penas llora;
La fe muerta ya no escuda,
Y donde quiera desnuda
Se alza la infamia traidora.

¿Qué es el amor, esa llama
Que tantas dichas encierra?
¿Su Ofelia acaso no ama?
¿Qué oculta el tremendo drama
Que se realiza en la tierra?

¡Ofelia!.... tierna ilusion
Que tantos sueños inspira:
¿Guarda alevosa traicion?
¿Será sólo el corazon
Fragilidad y mentira?

¿Qué indica su amarga queja?
¿Ya no siente, ya no quiere?
¿Sólo tristezas refleja?
Si adora, ¿por qué se aleja?
Si es amor, ¿por qué se muere?

En ese combate interno
Que viene á turbar su calma,
Hay siempre un dolor eterno;
Él ha bajado al infierno
De los abismos del alma.

Sabe que el dolor cobarde
Produce tedio, amargura,
Que de virtud se hace alarde,
Y la razon llega tarde
Para enfrenar la locura.

Es fuerza que en tal empeño
Sin fe, sin amor sucumba;
Todo el porvenir risueño
Se tornará en ese sueño
Mudo y frio de la tumba.

México, Marzo de 1884. JULIO ESPINOSA.

DOS AURORAS.

Era de noche: en el hogar querido
Interrumpe el silencio débil queja,
Y como un grito que el dolor refleja
Le responde tristísimo gemido.

De blanca cuna en el reciente nido,
Un tierno sér que al ángel se asemeja,
Apénas si se agita y si se queja
En letargo de muerte sumergido.

Una mujer sobre su frente llora,
Y en la postrer angustia del desvelo,
Un ¡ay! exhala que piedad implora.

Suena un beso de madre sin consuelo,
Y al primer rayo de la blanca aurora,
Otro rayo de aurora sube al cielo.

México, Febrero de 1884. RAMON RODRIGUEZ RIVERA.

TRISTEZAS DEL AMOR.

—Estoy muy triste.
—¿Por qué?
—Porque quiero que me quieras
Cual yo te amo y te amaré;
¡Si mi alma amante tuvieras!
—Pues qué, ¿no te quiero así?
—Dichosa y feliz seria;
Pero Dios no te dió á tí
Un alma como la mia.
—¿Por eso vives sin calma....?
Muy triste debo estar yo;
¿No me dió el amor tu alma
Cual la mia á tí te dió?
Pues entónces, cual prefieres,
Yo te amo más que tú á mí,
Pues tú con mi alma me quieres,
Y yo con la tuya á tí.

México, Febrero de 1884. JOAQUIN D. CASASÚS.

Á UNA CASCADA.

Imágen de nuestra vida,
Como ella, leve y fugaz,
Acaso brotó entre flores
Tu límpido manantial,
Como sus años primeros
Corren en risueña paz;
Cruzas luego entre las rocas,
Como ella entre angustias va,
Y al fondo del negro abismo
Te arrojas con ciego afan,
Como ella se precipita
En la oscura eternidad.
Sigue tu cinta de plata
Renovando sin cesar,
Así como se renueva
La infeliz humanidad,
Y se renuevan las horas,
Y se renueva el afan,
Y la tristeza y los goces,
Olas del mundano mar.
Todo como tú, en la tierra,
Huye con presteza igual;
Todo como tú, en la vida,
Brota, murmura, y se va.

México, Marzo de 1884. EDUARDO E. ZÁRATE.

SU HÉROE IDEAL.

Novela traducida del inglés

POR EMILIA QUINTERO Y CALÉ.

Era una tarde crudísima de Invierno.

En el salon de Glenfell Ladge Hampstead ardia espléndidamente el fuego de la chimenea, como deseando alegrar aquella estancia.

Una hermosa jóven, vestida con un elegante traje de baile, estaba reclinada en una butaca, dentro del radio de luz que formaba la llama.

Sus delicados piés descansaban en un otomano; sus ojos se fijaban con negligencia en un libro.

Al dar el reloj las seis y media, alzó la vista y exclamó á *mezzo voce:*—Ya sabia yo que el tio se haria esperar. Así se lo dije.—

Apénas la jóven terminara de decir estas palabras, cuando sonó un golpe en la puerta del palacio; pocos instantes despues un caballero de alguna edad, de buen aspecto y cabellos grises, penetró en el salon.

—Tio, dijo la jóven sonriéndose y levantándose para saludarlo, por casualidad en este momento estaba gozando con el triunfo de mi profecia.

—¿De veras, Mimí, os ocupábais de eso? replicó el anciano sentándose y extendiendo las manos sobre la llama.—¡Ah querida! No sois Cassandra por esta vez. He llegado á la hora fijada. ¿Pero estuvisteis sola?

—No, tio, Jorge Markham acaba de dejarme.

—Y decidme, Mimí, ¿cómo debo interpretar su visita? ¿Tuvo al fin valor para declararse?

—Sí, tio, dijo la jóven, bajando los ojos; me ha pedido que fuera su esposa.

—Me agrada su eleccion. ¿Y que le respondisteis, Mimí?

—Que lo debo pensar, y que le daria mi respuesta dentro de ocho dias,—replicó Miranda Angerstein (que este era su nombre).

—¿Por qué dentro de una semana?

—No sé:—y Mimí encogió los hombros sonriendo.

—Espero que diréis que sí, querida mia. Seria una buena union. Jorge Markham es de excelente familia, único heredero de las riquezas de su padre, y algun dia llegará á poseer un título.

—Verdad, pero. . . . (y la jóven, haciendo un movimiento infantil, rodeó con sus brazos el cuello del anciano) la heredera é hija adoptiva de Mr. Elliston es tambien rica. Querido tio,—continuó más seriamente, apoyando su rostro en el hombro de Mr. Elliston—qué fortuna ha sido la mia con vuestra benevolencia, al amparar una pobre huérfana como yo. Tambien pienso muchas veces cuánto más dichoso seríais teniendo un hijo!

Mr. Elliston se estremeció como afectado por un doloroso recuerdo.

—Lo tuve, Mimí, pero ha muerto hace tiempo.

—¡Pobre tio! ¡qué orgulloso estaríais con él si viviese!

—¡Quién sabe! Los hijos proporcionan tantos cuidados como alegrías al corazon de un padre, respondió Mr. Elliston, contrayendo al mismo tiempo su frente.—Pero volviendo á Jorge Markham, decidme, ¿le amais?

—Más que á ninguno de mis amigos—respondió Miranda—y mi union con él me satisface, aunque—añadió sonriendo—no es mi ideal.

—¡Vuestro ideal! Creo no estará representado por el coronel Harcourt. . . . . ¡*Odio* los soldados, Miranda!—dijo Mr. Elliston con singular fiereza.

—No, tio; no es el coronel Harcourt, aunque tambien es soldado. . . . . ¡Yo los *amo!* ¿No tengo motivos? ¿Qué hubiéramos hecho sin ellos en la insurreccion de la India? Yo era entónces una niña, y sin embargo, jamas olvidaré aquel terrible momento. Mamá y yo (pues al pobre papá ya lo habian matado), con otras muchas mujeres y niños ingleses, abatidos y ocultos en un *bungalow*, esperábamos, orando, la llegada de las tropas inglesas. Yo me habia dormido en los brazos de mamá, y fuí despertada repentinamente por sus gritos. La escena habia cambiado. El *bungalow* estaba incendiado. Los cipayos pululaban á nuestro alrededor, y con sus oscuros rostros parecian demonios. Los ayes de las mujeres terminaban en gemidos de muerte. Mamá me estrechaba contra su pecho. De repente una voz se oyó diciendo: ¡Los soldados! Al mismo tiempo, un cipayo saltó junto á nosotras profiriendo un feroz alarido, y ví su resplandeciente cuchillo hundirse hasta el puño en el corazon de mi mamá. Al abandonarme sus fuerzas, el monstruo me cogió, me levantó en brazos, y dando una carcajada se disponia á arrojarme léjos de allí; pero en aquel momento cayó por tierra y fuí arrebatada de sus garras. En seguida me sentí abrigada contra una roja casaca inglesa, ví que unos ojos me miraban cariñosamente, y oí una voz que dijo en mi idioma: «¡Pobre niña! Ahora estais salvada. Pronto acabarémos con esos negros diablos. No lloreis, angelito.»

Era un simple soldado el que me habia libertado. Yo rodeé con mis brazos su cuello, y permanecí así, miéntras él peleando, se abria paso entre los indios. Sentí algo caliente sobre mi rostro. ¡Era su sangre! Grité y me desmayé. Una vez vaciló. Cuando volví en mí, el combate habia terminado. ¡Estaba salvada! ¡pero era huérfana! . . . .

—Un valiente, Mimí,—dijo Mr. Elliston acariciando las mejillas de la sobreexcitada y nerviosa jóven.—¿No le habeis vuelto á ver?

—Nunca; pero ruego á Dios constantemente por esa dicha. Siempre tengo grabada en la mente su fisonomía.

—Si fuera éste el país de las hadas, desearíais ser una princesa, enviar heraldos en su busca, y cuando lo hallasen, otorgarle vuestra mano en premio de su heroismo, ¿no es verdad?

—¿Por qué no, tio?

—¡Porque no, querida! ¿Un simple soldado? ¡Oh Mimí! Os suplico no lleveis el romanticismo hasta ese extremo.

—Afortunada interrupcion. Ya está el carruaje—añadió Mr. Elliston, al ver entrar un lacayo.

—No os molesteis en acompañarme hasta él, tio,—dijo Miranda.—Tengo que ir ántes á mi tocador.—Y besando cariñosamente al anciano, echó un abrigo sobre sus hombros, cogió el abanico, y partió. Aquella noche tenia que asistir al baile de la condesa de. . . . .

Al salir se detuvo bruscamente. En el vestíbulo del palacio, que estaba enfrente del salon, vió entrar una niña que sólo tendria cuatro años.

Estaba pobremente vestida; pero su traje habia sido puesto evidentemente con amante cuidado. Dorados cabellos descendian por su espalda, la fria nieve rodeaba sus pequeños piés, y sus ojos, de un azul claro, contemplaban admirados el rico y elegante salon.

—¿Quién sois? le preguntó el portero, inclinando ligeramente su imperiosa cabeza.

—Deseaba ver á Miss Angerstein—tartamudeó la niña enseñándole un billete.

Despues cruzando sus manos, fijó la vista en el portero.

Miranda rompió el sobre, y leyó con sorpresa aquellos renglones.

—Querida mia,—dijo á la niña, cogiéndola de una mano,—ven conmigo. Y penetrando en su gabinete, la colocó cerca del fuego, arrojó algunos bizcochos en su regazo, y volvió á leer la misteriosa epístola, que decia:

«Vos, que gozais de tan buena posicion, supongo no seréis tan egoista, tan insensible, que no tengais compasion de los desgraciados. Para mí no os pido nada. Pronto estaré muy léjos de todo lo mundano. La miseria y la enfermedad llamaron ya otra vez á mi puerta, y la muerte les abrió. Ahora han llamado de nuevo, y por tanto, la muerte volverá á abrirlas. ¿Protegeréis á mi hija huérfana? Que así lo hagais, es la súplica de un moribundo.—E. G.»

Miranda volvió á leer el sobre: sí, allí estaba su nombre: «Miss Angerstein, Glenfell Lodge.»

—¿Quién escribió esto, querida mia?—preguntó á la niña.

—Papá, el pobre papá que está enfermo en cama.

—¿Quién es vuestro padre?

La niña movió su cabeza y respondió:

—No sé, Miss. En otro tiempo fué soldado y tiene un traje rojo. Ahora no sé.

Miranda se sonrojó vivamente. Parecia que una luz brillara sobre ella.

—¿Quién os trajo aquí, hija mia?

—Mrs. Garden. Hemos venido en ómnibus.

—¿Dónde está?

—En la puerta grande,—respondió la niña examinando los bizcochos.

—¿Puede hablarme de vuestro papá?

—¡Oh, sí! Ella lo cuida.

[*Continuará.*]

PENSAMIENTOS DE HOMBRES EMINENTES,

EN PRO DE LA MUJER.

Todas las investigaciones practicadas prueban palpablemente que, con relacion al hombre, la inferioridad intelectual de la mujer es un sarcasmo, y la inferioridad moral una mentira. —F. G. C.

***

Los hombres, en su conducta con las mujeres, procuran hacerlas adquirir todos los defectos que les reprochan.—Luis Desnoyers.

***

La discrecion y la bondad forman un dote muy suficiente para una mujer.—Plauto.

***

Todo el mundo debe reconocer hoy la importancia del papel que la mujer está llamada á desempeñar en el género humano; todo el mundo debe reconocer la necesidad de educar á la mujer para tan alto fin.—Buisson.

***

La mujer es la obra maestra del Universo.—Lessing.

***

En todas partes donde las mujeres son consideradas, los hombres son libres y virtuosos.—Cabanis.

***

Dios tambien ensayó el hacer dos obras de distinto género: su prosa es el hombre, su poesía la mujer.—Napoleon.

***

Educar una niña es educar á la sociedad. Esta procede de la familia, de la que es armonía la mujer. Educar á una niña es una obra sublime y desinteresada. Está destinada á *otro*, ¡oh madre! Vivirá para los *otros*, y no para tí ni para ella. Este carácter relativo es el que la coloca más alta que el hombre y hace de ella una religion. Es la llama del amor y la llama del hogar. Es la cuna del porvenir, y es la escuela, otra cuna. En una palabra, ¡es el altar!—Michelet.

***

El sol y la mujer se han repartido el imperio del mundo: él nos da los dias, ella nos los embellece.—Dubay.

***

Los hombres consumen sus dias en adquirir un talento que las mujeres poseen sin buscar.—Rousseau.

***

Las mujeres que son capaces de estudiar y que quieren distinguirse por el estudio, se cuidan más de los libros que de las galas, y adquieren instruccion en ménos años que nosotros. —Fenelon.

***

Las mujeres son lo más bello y lo más bueno de la humanidad: nosotros somos responsables de sus defectos.—Balzac.

***

¡Oh, mujeres! ¡Cuán grande es vuestro poder! Con una sonrisa creais héroes y hombres de genio. El dia que lo intenteis seriamente, nos trasformaréis, perfeccionándoos. Esto lo conseguiréis negando vuestros favores al que no sea digno por sus acciones.—Guyard.

***

Decir á las mujeres que para ser sábias no necesitan más que saber agradar, y que esto lo conseguirán por los encantos físicos, es engañarlas infamemente: la inconstancia del hombre consiste muchas veces en la poca cultura del entendimiento de la mujer, que no encuentra recursos para entretener á su amante con una conversacion amena.—Beauchene.

***

Un mujer vulgar podrá ser una esposa honrada y una madre cariñosa, pero si á estas virtudes añade los encantos de la inteligencia, será adorable.—Jay.

***

Un médico ilustre ha dicho que no habia enfermedades, sino enfermos; y esta sola frase confiere á las mujeres el grado de doctor. La mujer debiera ser médico, clavada á la cabecera del enfermo, siquiera sea para simbolizar la esperanza.—Legouvé.

***

Conocida es la gran influencia de las mujeres en la primera educacion física y moral de los niños; por esto se las debe instruir del mismo modo que á los hombres, comprendiendo que son de mucha consecuencia para el Estado sus errores ó sus virtudes.—Platon.

***

Cuando se dice á una mujer: «Educaréis á vuestros hijos y á vuestras hijas,» ¿no es permitirle, no es imponerle la adquisicion de todas las ciencias, y conferirle al propio tiempo un cargo importantísimo?—Ernesto Legouvé.

***

No hay cosa que demuestre mejor el carácter de un hombre ó un pueblo, que la manera como trata á las mujeres.—Herder.

***

Para la mujer, vivir no es comer y beber, sino pensar y amar.—Lamennais.

***

Es indispensable que la educacion de la mujer se ponga en armonía con su destino, y que se le hagan comprender de un modo claro y terminante, y en edad en que su razon esté desenvuelta, los grandes deberes que la incumben en el seno de la familia y en la vida social.—Francisco Alonso y Rubio.

***

Es preciso hacer comprender á la mujer que se ennoblece perfeccionando su razon, y que la cultura del espíritu le presta mil encantos inmortales.—Voltaire.

***

Prohibir á las mujeres el estudio, es tratarlas como Mahoma, que para hacerlas más voluptuosas ha tenido á bien negarles el alma.—BEAUCHENÉ.

***

Poco puede esperarse de un país en donde cada marido tienque educar á su consorte; en donde apénas se distingue de ordinario la carta escrita por una dama de tono y la carta escrita por la última de sus servidoras.—SEVERO CATALINA.

***

Ha llegado el momento de reclamar para las mujeres los derechos, y sobre todo los deberes que les corresponden; de hacer sentir todo lo que su sujecion les quita, y todo lo que les dará una justa libertad; hora es ya de demostrar, en fin, el bien que dejan de hacer y el que pueden producir.—LEGOUVÉ.

***

Si la ciencia y la sabiduría se hallan reunidas en una criatura, no pregunto el sexo; admiro.—LA BRUYERE.

***

Todos los razonamientos de los hombres no valen lo que un sentimiento de mujer.—VOLTAIRE.

***

Las mujeres prefieren sufrir á no sentir nada.—DEMOUSTIER.

***

La mujer recibe las ideas por sentidos que el hombre no posee.—MICHELET.

***

Hay muchos que creen á la mujer de una extrema inferioridad intelectual respecto al hombre, y que por lo mismo quieran reducirla al costurero, á la cocina. Sin embargo, la mujer ejerce el ministerio más intelectual de la sociedad, aquel que deposita los primeros gérmenes morales de que resultarán más tarde las acciones y las obras de toda la vida; la mujer ejerce un ministerio que tiene algo de sacerdocio, de profecía, de medicina, de arte, el santo ministerio de la maternidad.—EMILIO CASTELAR.

NUESTRAS ILUSTRACIONES.

Blanca de Navarra.—Blanca de Navarra fué mujer del rey de Castilla, Sancho III, hijo de Ramiro IX de Navarra. Nació en 1136 y murió en 1155, al dar á luz al célebre Alfonso VIII, vencedor en las Navas de Tolosa. El cadáver de esta reina hállase en el renombrado convento de las Huelgas, en Burgos, el cual fué fundado por Alfonso VIII en memoria de la famosa batalla de las Navas de Tolosa.

Blanca de Navarra ha sido una de las reinas más bellas que han brillado en la Edad Média. Semejante á una planta de la familia de la pita, que muere al dar la flor, Blanca de Navarra murió al dar la vida á Alfonso VIII.

La Primavera en México.—Bella, bellísima es siempre la primavera en todas partes, pero en ninguna tan bella como en México. La primavera, que en otros países muestra sus galas paulatinamente, aquí no es avara y se presenta bellísima en todo su esplendor, sin ocultar ninguno de sus hechizos.

Contemplad el animado cuadro que representa á la hermosa primavera mexicana, y lo encontraréis lleno de vida, luz, armonía y frescura. Las flores han abierto sus broches, las mariposas han roto la oscura cárcel en que vivieron aprisionadas durante el invierno, y de feas orugas se han convertido en flores aladas. ¿Quién, contemplando los bellos panoramas de la naturaleza que tan jóven y seductora se nos presenta en esta estacion, no recuerda aquellos versos del poeta italiano:

O primavera gioventú dell'anno,
Gioventú primavera della vita!

Juan de Dios Peza.—Este eminente poeta nació en México en 1852. Emprendió la carrera de Medicina y tuvo que abandonarla porque su pasion avasalladora era la literatura. El discípulo de Esculapio se convirtió en dignísimo hijo de Apolo, conquistando en breve tiempo un puesto de honor en el mundo de las letras.

Numerosos han sido sus triunfos periodísticos y teatrales: Peza ha dado á la escena, con brillante éxito, tres inspirados dramas titulados: «La Ciencia del Hogar,» «Colon» y «Epílogo de Amor.»

Los versos de Peza son tan correctos como fáciles, tiernos y espontáneos. Su inspiracion es flexible y prolífica; más de una vez le hemos visto improvisar versos cadenciosos y sonoros, que pudieran haber visto la luz sin sufrir ninguna correccion. Brillantes son sus dos tomos de poesías; pero las que ha publicado despues en diferentes periódicos y que todavía no están coleccionadas, son mucho más notables.

El bardo mexicano es laborioso, activo, fecundo; es el poeta de la juventud, es un *Alfred de Musset;* pero más casto, más púdico, más delicado que el poeta frances. Hay entre los dos vates una diferencia muy notable: la musa de *Musset* es una *bacante*, la de Peza una *vestal*.

Juan de Dios Peza se halla dotado de un carácter noble, franco, suave y sincero: sus rasgos caballerescos le han proporcionado en todas partes gran número de amigos. Cuando estuvo en Madrid desempeñando el cargo de segundo secretario de la Legacion de México, fué acogido con entusiasmo en los círculos literarios y en los círculos aristocráticos. Si en Madrid no hubieran conocido á otro mexicano que á Peza, bastaria para que hubiesen formado una alta idea de los hijos de esta nacion.

Juan de Dios Peza rinde culto á la amistad, y su trato es muy solicitado, por lo ameno, complaciente y agradable. Peza va dejando en el mundo de los afectos, una indeleble estela de simpatía, por todas partes donde pasa.

Mucho nos complacemos al rendir en este periódico un justo homenaje al honrado ciudadano, al dignísimo caballero, al inspirado poeta y al modelo de tiernos y amantes hijos.

VESTINA.

IMPRESO POR FRANCISCO DIAZ DE LEON,
Calle de Lerdo núm. 3.

ANUNCIOS

El Album de la Mujer se publica todos los domingos, resultando cuatro, y á veces cinco números mensuales.—Su precio: UN PESO cada mes en la Capital, y UN PESO CINCUENTA CENTAVOS en los Estados y fuera de la República, franco de porte.—**La suscricion se paga adelantada.**—Números sueltos, VEINTICINCO CENTAVOS.

GRAN FABRICA DE TABACOS Y CIGARROS

EL BORREGO

Fábrica, **Libertad núm. 2** } MÉXICO { Despacho central, **Capuchinas, 12**

La gran acogida que el público ha dispensado siempre á los famosos PUROS y CIGARROS de esta marca, nos obliga á emplear en nuestras manufacturas las mejores ramas de San Andrés, Jaltipan y Acayúcan: papel catalan, marca «España y México,» que es sin disputa alguna el mejor que se ha importado, por su blancura y buen arder.

Tambien recomendamos á nuestros constantes favorecedores la elegante marca LA ASTURIANA, cuyos cigarrillos de hebra pueden competir con los mejores en su clase.

EL BOTIN ESPAÑOL

GRAN ZAPATERÍA DE FRANCISCO PURON

Nº 5—CALLE DE VERGARA—Nº 5.

MÉXICO.

El mejor Establecimiento en su género.—Escogidos oficiales y materiales superiores.—El mejor corte y más elegante para niños, señoras y hombres.—Completa reforma en todo.—Almacen por mayor y menor.

Calzado de los mejores talleres españoles.

SOMBRERERIA ESPAÑOLA

DE

SALVADOR CORMINAS

15 = Calle del Refugio = 15

ESPECIALIDAD EN LAS MEDIDAS

En esta acreditada casa se encontrará siempre un gran surtido de **Sombreros Jaranos** y de **Fantasia**, así como para niños y niñas, á *precios módicos*.

Por mayor y menor.

LIBRERIA DE LA ENSEÑANZA

DE

N. CHAVEZ, EDITOR.

PORTAL DEL ÁGUILA DE ORO NÚMERO **7.**

Apartado del Correo Número 331.

HISTORIA CRITICA DE LA LITERATURA Y DE LAS CIENCIAS EN MEXICO

Por FRANCISCO PIMENTEL.

Cada quince dias, á contar del 1º de Enero, se publicará una entrega de 32 páginas, en buen papel, adornada con un retrato, al precio de **25** centavos en la capital y **32** centavos en los Estados, franco de porte.

En esta Librería hay un surtido completo de efectos de escritorio, y todo lo concerniente al ramo de enseñanza.

4 LA DROGUERIA PINTADA DE AZUL 4

CALLE de la PROFESA

Calle de la Profesa **4**

ANTIGUA DROGUERIA DE LA PALMA

CARLOS FELIX Y COMPAÑIA

ANTIGUA DROGUERIA DE LA PALMA

Calle de la Profesa **4**

CALLE de la PROFESA

El ALMACEN MEJOR SURTIDO y MAS ACREDITADO de la CAPITAL

Surtido completo de todos los articulos del ramo
EFECTOS DE TLAPALERIA.
DEPOSITO DE TODAS LAS ESPECIALIDADES anunciadas en los periódicos.
Aparatos Hidroterápicos de Walter Lécuyer.

APARATOS NEVERAS DE DELPY.
VINOS TINTOS PUROS Y JEREZ, garantizados.
COGNAC Y CHAMPAGNES superiores.

PERFUMERIA EXTRAFINA de Pinaud, Coudray, Roger y Gallet, Lubin, Legrand (Oriza), Atkinson, Gosnell, Rieger, Colgate y Comp., Lundberg, etc., etc.
Veloutina CH. FAY, legítima.

Vinagre de Benjuí, de Gelle, la preparacion más higiénica para el cútis.
Gran surtido de CAJAS y NECESERES para obsequios.
Polveras y Borlas.—Cepillos de todas clases.—Adornos para tocador.

4 LA DROGUERIA PINTADA DE AZUL 4

GUANTERIA Y PELUQUERIA

DEL BUEN TONO

OBJETOS DE LUJO Y DE GUSTO

GUANTES DE CABRITILLA

P. MICOLO

ESQUINA DEL ESPIRITU SANTO Y 3ª DE SAN FRANCISCO

CASA DENTAL

DEL

Dr. Figueroa

2ª de PLATEROS Núm. 2

MEXICO.

AVISO.

Se ha puesto á la venta un interesante libro dedicado á las señoras españolas y americanas. Titúlase «La Mujer juzgada por una mujer,» y es una bella obra debida á la fecunda pluma de la conocida escritora Concepcion Gimeno de Flaquer. Dicho libro se halla de venta al precio de UN PESO, en la librería de Chavez, Portal del Aguila de Oro, núm. 7, en la Librería Madrileña de D. Juan Buxó, y en el centro de suscriciones de J. Ballescá y Compañía, Amor de Dios núm. 4.

EL LIBRO DE ORO

LA NUEVA GUÍA DE MÉXICO PARA 1884.

Con todos los datos indispensables para los hombres de negocios, en un volúmen, propio para llevarse en el bolsillo, de 152 páginas.

Se encuentra de venta en la oficina de *La Patria* y en la alacena de Martinez, al precio de

TRES REALES EL EJEMPLAR.

ANUNCIOS

FRANCISCO DIAZ DE LEON, impresor del ÁLBUM DE LA MUJER, hace toda clase de **impresiones** y de **encuadernaciones.** Posee los útiles y máquinas necesarias para el buen desempeño de los trabajos que se le encomienden. Su crédito está adquirido por la eficacia, y los precios á que sirve no son altos, como generalmente se cree. Las impresiones finas, ejecutadas por inteligentes obreros, son baratas relativamente.— Vende los libros siguientes, cuya propiedad literaria tiene asegurada: *Historia de México* por Roa Bárcena, 50 cs. ejemplar.—*Historia de México* por Payno, 50 cs. id.—*Geometria* por Antonio García Cubas, 25 cs. id.—*Sistema Decimal* por Warnes, 12½ cs. id.— **Los Ceros.**— Galería de contemporáneos.— Un vol. con 20 retratos, impresion fina, $4 rústica y $4.75 holandesa: fuera de México, $5 á la rústica.—LIBROS PARA LAVANDERAS, $1.50 ejemplar.

LA CIUDAD DE MÉXICO.

TIENDA Y ALMACEN DE ABARROTES

ESQUINA de la 2ª de SAN FRANCISCO y COLISEO.

Ventas por mayor y menor.

En este Establecimiento se encuentra el más completo surtido de vinos de mesa, tanto tintos como blancos; riquisimos licores; cognac de las más acreditadas marcas; encurtidos en vinagre y mostaza; frutas secas y en su jugo; té perla y negro; estearina de la Estrella y alemana, y galletitas de exquisito gusto.

Se garantiza por la casa la legitimidad de las mercancías.

FRANCISCO ZEPEDA.

LITOGRAFÍA
DE
EMILIO MOREAU Y HERMANO

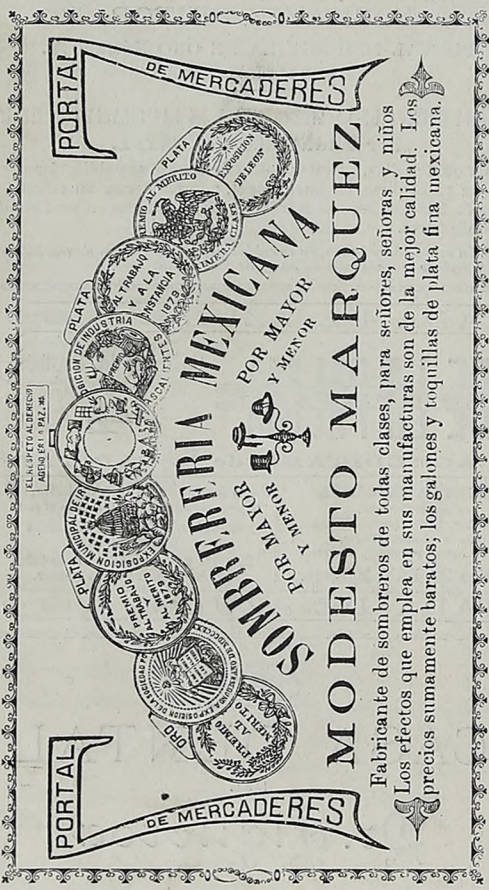
Calle de Tarasquillo Núm. 6

MEXICO.

Envolturas de lujo y corrientes para cigarros.— Habilitaciones para cajones de puros.—Rótulos para cerillos.—Facturas.—Libranzas.— Tarjetas, etc. etc.— **Especialidad** en trabajos de **Cromolitografía** y en **Ilustraciones para periódicos**, por el procedimiento de **Fotolitografía.—Reproducciones de todas clases.**

SOMBRERERIA MEXICANA

PORTAL de MERCADERES Número 7



PORTAL de MERCADERES Número 7

MODESTO MARQUEZ

FERROCARRIL INTEROCEANICO
DE
Acapulco, Morelos, México, Irolo y Veracruz

LINEA DE MORELOS

ITINERARIO de los trenes desde el dia 1º de Abril de 1883, hasta nueva disposicion.

TRENES MIXTOS DESCENDENTES
De México á Yautepec.

ESTACIONES	Tren nº 1. Llega.	Tren nº 1. Sale.	Tren nº 2. Llega.	Tren nº 2. Sale.
México [S. Láz?].	,,	8.00 A.M	,,	3.30 P.M
Reyes.....	8.35	8.40	4.10	4.20
Ayotla.....	8.55	9.00	4.35	4.45
La Compañía....	9.15	9.25	5.00	5.10
Tenango.....	10.00	10.05	5.55	6.05
Amecameca.....	10.30	10.35	6.40	6.50
Ozumba.....	11.05	11.30	7.20	,,
Nepantla.....	12.35	12.45	,,	,,
Yecapixtla.....	1.50	1.55	,,	,,
Cuautla.....	2.3	2.40	,,	,,
Yautepec.....	3.30	,,	,,	,,

TRENES MIXTOS ASCENDENTES
De Yautepec á México.

ESTACIONES	Tren nº 1. Llega.	Tren nº 1. Sale.	Tren nº 2. Llega.	Tren nº 2. Sale
Yautepec.....	,,	9.30 A.M	,,	,,
Cuautla.....	10.20	10.30	,,	,,
Yecapixtla.....	11.10	11.15	,,	,,
Nepantla...	12.35	12.45	,,	,,
Ozumba.....	2.00	2.30	,,	6.00 A.M
Amecameca.....	3.10	3.15	6.40	0.50
Tenango.....	3.40	3.45	7.25	7.40
La Compañía....	4.15	4.20	8.15	8.30
Ayotla.....	4.35	4.40	8.50	9.00
Reyes.....	4.55	5.00	9.20	9.30
México [S. Láz?].	5.3	,,	10.05	,,

NOTAS.

Los Trenes nº 1 descendente y nº 2 ascendente se detienen en Temamatla, para tomar y dejar pasajeros.— Los trenes nº 1 ascendente y nº 2 descendente se detienen en Temamatla y Ayapango, en el primer punto para tomar y dejar pasajeros y carga, y en el segundo solamente para pasajeros.— Para comodidad de los pasajeros, los Trenes nº 1 descendente y nº 2 ascendente, se detienen en la Estacion de Ozumba, el primero 25′ y el segundo 30′, en cuya Estacion hay un Restaurant.

México, 1º de Abril de 1883.— *D. de Peon*, Jefe de Tráfico.— *J. M. Sanchez Ramos*, Superintendente general.

LA CENTRAL
RELOJERIA ESPAÑOLA.

SEGUNDA DEL REFUGIO Núm. 15

JOYERIA, y COMPOSTURA DE RELOJES

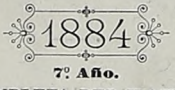
á precios muy módicos.

Francisco del Campo.

EL ANUARIO UNIVERSAL

PARA

Un tomo de 1,000 págs. Magnífico papel.



Llevadero en el bolsillo Elegante pasta.

7º Año.

ÚNICA GUÍA COMPLETA DEL VIAJERO EN MÉXICO.

Contendrá: Retratos de personajes notables del país.— Planos y Directorios de las plazas mercantiles de la República.— Cartas de telégrafos, teléfonos, vías carreteras y ferrocarrileras.— Servicio de vapores, de ferrocarriles, de diligencias y trasportes.— Leyes fiscales.— Servicio postal, etc.

El único ALMANAQUE que contiene Directorios y Planos de varias plazas mercantiles de la República.

DIRECCION: **Filomeno Mata**, MÉXICO, apartado 314.

MÉXICO Á TRAVÉS DE LOS SIGLOS.

HISTORIA GENERAL
DEL DESENVOLVIMIENTO SOCIAL, POLITICO, RELIGIOSO, MILITAR, ARTISTICO, CIENTIFICO Y LITERARIO DE MEXICO,
DESDE LA EDAD MAS REMOTA HASTA LA EPOCA ACTUAL.

Obra única en su género imparcial y concienzudamente escrita por una reunion de distinguidos literatos mexicanos.

OBRA DE INUSITADO LUJO.

La obra más monumental de todas las publicadas hasta el presente. Adornarán este monumento histórico, científico, artístico y literario de México, un considerable número de magníficas cromolitografías, láminas de gran tamaño y grabados intercalados, representando sucesos históricos, hechos de armas, objetos de arte, vistas, trajes, monumentos, planos, ciudades, retratos, moviliarios, autógrafos, numismática, grandes cuadros de pintores mexicanos, y todo cuanto pueda contribuir á dar idea cabal del adelanto y cultura de la nacion mexicana.

Próximamente verá la luz pública el primer cuaderno.

J. Ballescá y Comp.

Registrado como artículo de segunda clase.